

Miguel CORTÉS ARRESE, *Ciudades entreabiertas*, Murcia, Nausícaä, 2016. 92 pp. ISBN: 978-84-944683-6-0

El profesor Cortés Arrese nos tiene acostumbrados en sus últimas publicaciones a viajar y a disfrutar del arte, de la historia, de la literatura... y de la imaginación. Los viajeros, escritores y artistas, son los protagonistas de algunas de sus obras, que nos enseñan a través de sus relatos y pinceles la inmensidad del mundo, la belleza de sus principales ciudades históricas y la variedad de sus gentes. Todo un sugerente recorrido que se hace desde una rigurosa documentación, buscada de forma incesante en archivos y bibliotecas de distintos países.

En esta obra nos ofrece la impresión de viajeros, escritores y artistas, de cuatro de sus ciudades preferidas, a las que ha dedicado diversas publicaciones. Se trata de Estambul, Toledo, San Petersburgo y Moscú, *ciudades entreabiertas* a las distintas civilizaciones que han acogido y que, generalmente, las han enriquecido. Leer detenidamente sus descripciones a lo largo de los siglos, incidiendo en sus transformaciones y en sus pervivencias, supone todo un gozo para aquellas personas a las que nos gusta disfrutar de lo mejor de nuestra historia y de nuestro arte. El conocimiento científico se funde intensamente con las sensaciones de los visitantes que al llegar a ellas, desde la primera mirada, quedaban deslumbrados y fascinados de tanta belleza.

Bizancio para griegos y romanos, Constantinopla para los cristianos bizantinos y Estambul para los turcos otomanos ha resistido al paso del tiempo. Fundada por el emperador Constantino, que le dio su nombre, los emperadores cristianos que le siguieron, como Teodosio el Grande, Justiniano o Teófilo, proporcionaron a Constantinopla una distinción y belleza que ha perdurado incluso en los años de su decadencia. En 1453 la ciudad caía en manos de los musulmanes. Los sultanes respetaron el diseño urbano de la ciudad y no pudieron sustraerse al encanto de su seductora herencia, incluso aprovechaban parte de sus botines de guerra para embellecerla aún más. Así, dice el profesor Cortés, “fue delineándose una nueva panorámica de la capital otomana, que podía contemplarse desde el Bósforo, la torre de Leandro o los barrios europeos de la ciudad, al otro lado del Cuerno de Oro. Vista que, con el tiempo, acabaría por imponerse a todas las demás”, porque Estambul tiene la cualidad de ser una de las ciudades que son distintas para el viajero que viene por tierra o por mar. Viajeros, escritores y artistas se sintieron cautivados por “la vista más bella del mundo”, como el novelista y periodista Edmont About, que participó en el viaje inaugural del Orient Express en 1883. Dotado de un agudo sentido de la observación, recomendaba destinar al menos un cuarto de hora a esa primera contemplación de la ciudad, “el tiempo necesario para volver en sí”, antes de diluirse en la maravillosa diversidad de gentes y costumbres que ofrecía su destino.

Toledo, ciudad a la que Carlos V convirtió en capital imperial, ha quedado inmortalizada por los lienzos de El Greco, que se enamoró de ella desde su primera contemplación, instalando allí su residencia. Muchos de los viajeros que han ido a Toledo a lo largo de los siglos lo han hecho como peregrinos atraídos por los lugares que había inmortalizado el pintor universal. Uno de ellos fue el afamado poeta Rilke, quien también quedó deslumbrado en su primera impresión, exclamando varias veces “¡Es Toledo!”, impresionado por el paisaje hecho de contrastes y el sentimiento cósmico, bíblico, que percibía en sus visiones. La primera impresión de Toledo para Pío Baroja, desde la colina, es que le pareció “una ciudad de cristal en aquella atmósfera tan limpia y tan pura”. Muchos son los relatos literarios, pinturas, ilustraciones, fotografías e incluso películas que han quedado de esta ciudad articulada por el río Tajo, donde la historia y el arte alcanzan su simbiosis perfecta, pues se trata de uno de los mejores ejemplos de población superpuesta, hechas de pasado y presente, que no ha dejado de modificarse con el paso del tiempo pero que ha sabido conservar su esencia histórica. Viajeros como Benito Pérez Galdós, Alejandro Dumas, Azorín, Gustavo Doré, Théophile Gautier, Richard Ford, Benjamín Palencia, Luis Buñuel y muchos otros han querido que su primera impresión de Toledo perdure para siempre en sus obras para deleite de la humanidad.

San Petersburgo es una ciudad trazada a cordel, llana, cuya mejor panorámica se observa desde el lugar donde fue creada, a orillas del mar, en la desembocadura del Nevá, rodeada de otros ríos y canales. Pedro el Grande levantó la ciudad guiado por el deseo de convertir a Rusia en una potencia moderna, marítima y europea, y estos rasgos conforman aún muchos caracteres de esta espléndida población. San Petersburgo ha asombrado a múltiples viajeros, atraídos por sus noches blancas y por su lujo y grandiosidad, “donde las penas desaparecían del mundo”, como al sevillano José María López de Ecala, que en 1858 quedó fascinado ante la imagen de los grandes palacios de mármol y piedra, las enormes dársenas y las agujas doradas de las cúpulas bizantinas. “Se trataba de una ciudad aristocrática presidida por la belleza”, escribe el autor. Pero ahí no quedaba todo. Era una ciudad inquieta desde el punto de vista intelectual, por lo que atraía a los jóvenes de toda Europa que querían dedicarse a la literatura y al ballet. Dostoievski, Chéjov y Nabokov son algunos de los escritores atraídos por esta imponente ciudad antes de la revolución de 1917, que varió sustancialmente su esencia, dejándonos múltiples pruebas de su fascinación en muchas de sus obras, para conocimiento universal.

A Moscú llegó en tren, procedente de San Petersburgo, Ana Karénina, el famoso personaje de León Tolstói. Así han llegado, desde 1851, buena parte de los famosos novelistas y reporteros de revistas ilustradas que han inmortalizado a la capital rusa, convirtiéndola, en palabras de Rilke, en una ciudad donde, por ello, “todo resulta conocido y familiar”. Tras su primera estancia, en 1899, volvió seis años después, deseoso de transitar por sus calles y visitar sus monumentos. Para el poeta, Moscú “todavía conservaba su antigua fisonomía, su porte legendario de tercera Roma, de renombrada metrópoli de epopeya, un aire vetusto y acogedor, patriarcal, sin olvidar las viejas costumbres”. La ciudad también deslumbró a Stefan Zweig, que tuvo la ocasión de visitarla en 1928, atraído en gran parte por la personalidad y recuerdo de Tolstói, como muchos otros escritores de todas partes del mundo. La tumba del novelista ruso le impresionó, como la plaza Roja, la catedral de San Basilio y el Kremlin. Este último era el recinto que los viajeros querían visitar en primer lugar y a casi nadie decepcionaba. Ivan III hizo de él una fortaleza inexpugnable con un perímetro de ladrillo de dos kilómetros y veinte torres que han llegado hasta nuestros días. Lo adornó con bellos edificios y plazas que, con la grandiosidad que proporcionaban las cúpulas de las torres, deslumbraban a todos los viajeros que podían ver su grandiosidad desde

innumerables puntos de la ciudad de las siete colinas. Moscú, ciudad desproporcionada, irregular, con un relieve complicado, ha modificado constantemente su fisonomía por los incendios, las guerras, el orgullo de los zares y las secuelas de la revolución. Pero no ha perdido sus rasgos fundamentales, que la convierten en un refugio de cúpulas, “bosque de campanarios” y arquitectura polícroma que la hacen parecer a Roma.

Como se muestra en esta obra, estas cuatro ciudades son mucho más que Santa Sofía, el Alcázar, la catedral de San Isaac y el Kremlin, aunque su imponente presencia delate sus perspectivas: son ciudades abiertas a las gentes de todos los lugares y a los distintos estilos artísticos, a influencias universales aunque han sabido conservar por encima de todo su idiosincrasia. Todo un lujo recreado pormenorizadamente en este libro pequeño de tamaño pero intenso y grande de contenido. En suma, se trata de una obra muy bien documentada donde se ofrece una visión histórica y al mismo tiempo humana, porque predominan en ella las sensaciones, de cuatro ciudades imperiales, patrimonio de la humanidad, a través de la visión que de ella nos han dejado los principales viajeros románticos y contemporáneos, cuyo relato se entremezcla de forma magistral con las lecciones de uno de los más importantes especialistas en la materia como es el profesor Miguel Cortés Arrese.

Francisco ALÍA MIRANDA
Universidad de Castilla-La Mancha
Francisco.Alia@uclm.es